

VIRGINIA WOOLF

# La dureza del granito, la misteriosa evanescencia del arco iris

*Los años han demostrado que la personalísima voz narrativa, argumentativa, expositiva o descriptiva de Woolf sigue siendo tan necesaria como irrepetible.*

INTRODUCCIÓN Y SELECCIÓN DE ISABEL DURÁN GIMÉNEZ-RICO

El pasado 10 de julio se inauguró en la National Portrait Gallery de Londres una exposición (*Virginia Woolf: Art, Life and Vision*) sobre la vida y obra de Virginia Woolf, casi un siglo después de que ella se negara a posar para un retrato que, sospechaba,

nunca acabaría colgado en las paredes de dicha galería tan ostensiblemente masculina. Nacida Virginia Stephen en el Londres de 1882, la atormentada esposa de Leonard Woolf no es solo una de las figuras más imprescindibles y eminentes de la literatura inglesa de todos los tiempos, sino casi un mito, alimentado por su temprano suicidio por ahogamiento en las aguas del río Ouse en 1941, durante una de sus frecuentes depresiones. Ensayista, editora literaria, feminista, socialista, pacifista y escritora de cartas, diarios y nueve novelas fundamentales entre las que destacan *La Señora Dalloway* (1925), *Al Faro* (1927), *Orlando* (1928), *Las olas* (1931) o *Los años* (1937) Virginia Woolf fue además una de las figuras fundamentales del también mítico grupo Bloomsbury, que incluía a Roger Fry, Duncan Grant, John Maynard Keynes y Lytton Strachey entre sus miembros.

Woolf escribió con ingeniosa y a menudo irónica frescura sobre casi todo. Su corpus ensayístico y epistolar, del que proceden la mayoría de las citas aquí recopiladas, es temáticamente ingente. Sus ágiles y sugerentes ensayos sobre arte y literatura, autores concretos, lectores y géneros literarios –en especial la novela, la biografía y el ensayo–, constituyen una fuente inagotable de certeras aseveraciones aún vigentes. El otro gran núcleo temático de la Woolf feminista, como se evidencia en el volumen *A Woman's Essays*, es el del análisis de la injusta diferencia entre el estatus social, profesional y económico de hombres y mujeres. Considerada hoy la representante del modernismo literario inglés por excelencia, su prosa poética, su uso del monólogo interior y de la corriente de conciencia, su novela “femenina” fragmentada, simbólica y autorreferencial, cargada de “granito” y “arco iris”, hicieron que durante su época fuera a menudo criticada por su perniciosa influencia extranjerizante, que amenazaba al *mainstream* de la tradición narrativa victoriana. Los años han demostrado que la personalísima voz narrativa, argumentativa, expositiva o descriptiva de Woolf sigue siendo tan necesaria como irrepetible.

■ Aquí me enfrento a una de las dificultades de los escritores de memorias –una de las razones por las que, habiendo leído tantas, muchas son decepcionantes–. Y es que dejan fuera a la persona a quien le sucedieron las cosas. Esto se debe a que es muy difícil describir a un ser humano. Entonces, dicen: “Esto es lo que sucedió”; pero no dicen cómo era la persona a quien le sucedió. ¿Quién era yo entonces? Adeline Virginia Stephen, la segunda hija de Leslie y Julia Prinsep Stephen, nacida el 25 de enero de 1882, descendiente de un gran número de personas, algunas famosas, otras oscuras; nacida con muchos contactos; nacida no de padres ricos, pero sí de clase acomodada; nacida en un mundo de finales del siglo XIX muy comunicativo, letrado, escribiente de cartas, bien relacionado y elocuente.

■ La voz humana es un instrumento de poder muy variado; puede encantar, tranquilizar; puede enojar o desesperar; pero cuando pronuncia una conferencia, casi siempre aburre [...]. ¿Por qué, si la vida es tan breve, malgastar una hora en escuchar una conferencia? ¿Por qué, si ya llevamos tantos siglos con la imprenta, no imprimir esta conferencia en vez de pronunciarla? [...] Parece que existe alguna razón, incomprendible para los de afuera, que hace que las conferencias sean parte esencial de la disciplina universitaria. Pero [...] ¿por qué continuar con esta obsoleta costumbre que no solo malgasta el tiempo y la paciencia de la audiencia, sino que también desata las más bajas pasiones humanas en el conferenciante –vanidad, ostentación, autosuficiencia, y el deseo de ganar conversos a su causa?–. ¿Por qué animar a sus superiores a convertirse en pedantes profetas, cuando solo son hombres y mujeres corrientes? ¿Por qué forzarlos a subir al estrado durante 40 minutos mientras ustedes musitan sobre su color de pelo o la longevidad de las moscas? ¿Por qué?

■ Si tenemos en cuenta lo común de la enfermedad, el tremendo cambio anímico que provoca, los asombrosos mundos que se nos aparecen cuando las luces de la salud se apagan [...] cuando pensamos en esto, resulta extraño que la enfermedad no haya ocupado

un puesto junto al amor, la guerra y los celos entre los temas principales de la literatura. Sería lógico imaginar que alguien hubiese dedicado novelas a la gripe, poemas épicos a la fiebre tifoidea, odas a la neumonía, o epístolas al dolor de muelas. Pero no, con algunas excepciones [...] la literatura hace todo lo posible para demostrar que solo se interesa por la mente, y que el cuerpo es un cristal translúcido a través del cual el alma se ve diáfana y clara, mientras que el cuerpo es nulo, insignificante e inexistente. Pero la verdad es que es todo lo contrario. [...] La gente escribe siempre sobre los asuntos de la mente, los pensamientos, los nobles proyectos, y sobre cómo la mente ha civilizado el universo.

■ Puesto que el cuerpo humano es como es; corazón, cuerpo y cerebro todo mezclado, y no contenidos en compartimentos separados, y como así seguirá siendo, sin duda, dentro de un millón de años, una buena cena es primordial para una buena charla. Uno no puede pensar bien, amar bien, dormir bien, si uno no ha cenado bien.

■ Y puesto que la novela se corresponde con la vida real, sus valores son, en cierta medida los de la vida real. Pero es obvio que los valores de las mujeres difieren muy a menudo de los creados por el otro sexo; desde luego que lo es. Sin embargo, son los valores masculinos los que prevalecen. Hablando en plata: el fútbol y el deporte son “importantes”; el culto a la moda o la compra de vestidos, son asuntos “triviales”. Y estos valores se transfieren inevitablemente de la vida a la ficción. Este es un libro importante, el crítico asume, porque trata de la guerra. Este es un libro insignificante porque trata de los sentimientos de las mujeres de salón. Una escena en un campo de batalla es más importante que una escena en una tienda –en todas partes, y de forma muy sutil, se impone la diferencia en la escala de valores.

■ Una mujer debe tener dinero y una habitación propia si desea escribir ficción.

■ Las mujeres han servido todos estos siglos de espejos que poseían el poder mágico y delicioso de reflejar la figura del hombre el doble de su tamaño natural.

■ Vosotros, que pertenecéis a una generación más joven y más feliz seguramente no habréis oído hablar de ella –del Ángel del hogar–. La describiré brevemente. Era intensamente comprensiva. Enormemente encantadora. Desconocía el egoísmo. Sobresalía en el difícil arte de llevar una casa y una familia. Se sacrificaba a diario. Si había pollo, ella se comía el muslo; si había corriente, ella se sentaba delante –en resumen: estaba hecha de tal forma que nunca albergaba una opinión o un deseo propio, sino que prefería acoplarse y aceptar las opiniones y los deseos de los demás–. Pero huelga decir que, por encima de todo, era *pura*. Se suponía que la pureza era su principal virtud –sus sonrojos, su encanto–. En aquellos tiempos –los últimos de la reina Victoria–, todo hogar tenía su Ángel. Y cuando empecé a escribir la vi llegar con las primeras palabras. La sombra de sus alas cayó sobre la página; oí el ruido de sus faldas en la habitación. En cuanto cogí la pluma para reseñar la novela de un escritor famoso se deslizó tras de mí y me susurró “querida, eres una mujer joven. Estás escribiendo sobre un libro escrito por un hombre. Sé comprensiva; sé tierna; halágale; miénte-te; usa las armas de tu sexo. No dejes que nunca nadie adivine que tienes una opinión propia. Sobre todo, sé pura”. Y ella trató de guiar mi pluma [...]. Me volví hacia ella y la agarré por el cuello. Hice todo lo posible para matarla. Mi excusa, si me llevaran ante un tribunal de justicia, sería que actué en defensa propia. Si no la hubiera matado, ella me habría matado a mí. Habría arrancado el corazón de mi escritura. Porque desde el momento en que empecé a escribir supe que no se puede ni reseñar una novela sin tener una opinión propia, sin expresar lo que uno piensa sobre las relaciones humanas, la moralidad y el sexo. Y todos estos asuntos, según el Ángel del hogar, no los puede acometer abierta y libremente una mujer; las mujeres deben conciliar, deben agradar, deben –en pocas

palabras– mentir si desean tener éxito. Así que cada vez que sentía la sombra de sus alas o el resplandor de su halo, le estampaba el tintero. Tardó en morir. Su naturaleza ficticia jugaba a su favor. Es mucho más difícil matar a un fantasma que a una realidad. Insistía en regresar una y otra vez cuando yo creía haberme librado de ella. Aunque me jacto de haberla matado al final, la lucha fue ardua; me llevó mucho tiempo que podía haber dedicado a estudiar gramática griega, o a recorrer el mundo en busca de aventuras. Pero fue toda una experiencia; una experiencia por la que tuvieron que pasar todas las escritoras de la época. Matar al Ángel del hogar era parte de la ocupación de una escritora.

■ De todas las formas literarias, sin embargo, el ensayo es el que menos requiere el uso de palabras largas. El principio que debe regularlo es, sencillamente, que produzca placer; que el deseo de sentir placer sea el que nos mueva a sacarlo de la estantería. Todo en un ensayo debe estar sometido a tal fin. Debería hechizarnos desde la primera palabra, para solo salir del hechizo, renovados, con la última. En el transcurso de su lectura podemos recorrer las más diversas experiencias de diversión, sorpresa, interés, indignación; podemos elevarnos a la cima de la fantasía con Lamb o sumergirnos en las profundidades del conocimiento con Bacon, pero nunca debemos despertar. El ensayo nos debe arrullar y envolvernos con su cortina alrededor del mundo. Tal hazaña rara vez se logra, aunque el fallo puede deberse tanto al lector como al escritor. La rutina y el letargo han entorpecido su paladar. Una novela cuenta una historia, un poema tiene rima; pero ¿qué artilugios puede utilizar el ensayista, en estos cortos fragmentos de prosa, para mantenernos alerta y elevarnos hacia un trance que no es un sueño sino más bien una intensificación de la vida –un estar expuesto con los cinco sentidos al sol del placer–?: debe saber escribir bien –esto es lo esencial.

■ Una definición muy general, obviamente, debe incluir todas las variedades de pensamiento que hábilmente confluyen en el ensayo;

pero tal vez si decimos que el ensayo es esencialmente egotista no estaremos excluyendo a demasiados y, sin duda, estaremos incluyendo a un portentoso número de ellos. Casi todos los ensayos comienzan con el pronombre Yo “Yo creo”, “Yo siento”– y cuando se ha dicho esto, queda claro que no se está escribiendo un relato, ni un texto filosófico, ni una biografía ni nada que no sea un ensayo; que puede ser brillante o profundo, que puede tratar de la inmortalidad del alma o del reuma en el hombro izquierdo, pero que es, por encima de todo, una expresión de la opinión personal.

■ En, o alrededor de diciembre de 1910, la naturaleza humana cambió. No estoy diciendo que ocurrió de repente, como quien sale a un jardín y ve que ha brotado una rosa o que una gallina ha puesto un huevo. El cambio no fue así de rápido y definitivo. Pero hubo un cambio, eso está claro; y, siendo arbitraria, pongamos que la fecha fue hacia el año 1910 [...]... Todas las relaciones humanas han cambiado desde entonces -entre siervos y amos, entre esposos y esposas, entre padres e hijos-. Y cuando hay un cambio en las relaciones humanas al mismo tiempo lo hay en la religión, la conducta, la política y la literatura. Acordemos fechar uno de estos cambios hacia el año 1910.

■ Examinemos, por un instante, un cerebro cualquiera en un día cualquiera. La mente percibe miríadas de impresiones triviales, fantásticas, ya efímeras, ya grabadas con la precisión del acero. Surgen de todas partes, en un incesante espectáculo de innumerables átomos, y a medida que caen, a medida que adquieren forma en la vida del lunes o del martes, el acento cae diferente al de antaño; el momento importante está aquí y no allá; de modo que si el escritor fuera un hombre libre y no un esclavo, si pudiera escribir lo que desea y no lo que debe, si pudiera basar su obra en su propio sentimiento y no en convencionalismos, no habría argumento, ni comedia, ni tragedia, ni interés amoroso, ni catástrofe en el estilo establecido. La vida no es una serie de lámparas dispuestas sistemáticamente; la vida es un

halo luminoso, una envoltura semitransparente que nos rodea desde el despertar de nuestra conciencia hasta el fin. ¿No es acaso la tarea del novelista coger este espíritu cambiante, desconocido, ilimitado, con todas sus aberraciones y complejidades y con la menor mezcla posible de los hechos exteriores y ajenos?

■ No quise decir absolutamente nada con el Faro. Una necesita una línea que recorra el libro de un extremo a otro para que el proyecto se sostenga. Me di cuenta de que brotaría de él toda suerte de sentimientos, pero me negué a pensar en ellos, y confié en que los lectores lo convertirían en el receptor de sus propias emociones; y eso es lo que han hecho, para unos significa una cosa; para otros, otra. No sé relacionarme con el simbolismo sino de esta forma tan general, tan vaga.

■ A decir verdad, ella [Mrs. Ramsay] extendía su protección a todos los miembros del sexo opuesto; por razones que no sabría explicar, por su caballerosidad y valor, porque negociaban tratados, gobernaban la India, controlaban el mundo financiero, y, en fin, por una actitud hacia ella misma que no habría mujer que dejara de considerar agradable, una actitud que representaba algo en lo que confiar, algo infantil, reverencial; algo que una anciana podría aceptar por parte de un joven sin pérdida de su dignidad, y pobre la muchacha –¡al cielo rogaba que no fuera ninguna de sus hijas!– que, en lo más íntimo de su ser, no supiera apreciar esto en su verdadero valor, en todo lo que implicaba

■ Ella [Clarissa Dalloway] sentía, sin lugar a dudas, lo que los hombres sienten. Solo por un instante; pero era suficiente. Era una revelación súbita, una especie de excitación, como un sofoco que tratabas de contener, pero conforme se extendía no te quedaba más remedio que entregarte a su movimiento y te precipitabas hasta el final y allí te ponías a temblar y sentías que el mundo se te acercaba, hinchado con un significado sorprendente, con una especie

de presión que te llevaba al éxtasis, porque estallaba por la piel y brotaba y fluía con un inmenso alivio por fisuras y llagas. Y entonces, en ese preciso momento, había tenido una iluminación. La luz de una cerilla en una flor de azafrán; un significado interior que casi llegaba a verbalizarse. Pero la presión se retiraba; lo duro se volvía blando; el momento había terminado.

■ La ficción es como una tela de araña que, si bien de forma muy tenue, siempre está ligada a las cuatro esquinas de la vida. A menudo esta unión es apenas perceptible; las obras de Shakespeare, por ejemplo, parecen estar suspendidas en el aire. Pero cuando la tela de araña se retuerce, se engancha al borde, se desgarrada por el medio, uno recuerda que estas telas no las tejen criaturas incorpóreas en el aire, sino que son la obra de seres humanos que sufren, y están asociadas a asuntos descaradamente materiales, como la salud, el dinero y las casas en que vivimos.

■ Creo que todas las novelas comienzan con una anciana sentada en la esquina opuesta. Lo que quiero decir es que creo que todas las novelas tratan sobre personas; y que es la creación de los personajes —y no predicar doctrinas, entonar himnos, o celebrar las glorias del Imperio británico— lo que ha configurado y ha hecho evolucionar a la novela —tan torpe, tan recargada y poco dramática, tan rica, tan elástica, tan llena de vida.

■ Todos los sentimientos extremos están aliados con la locura.

■ Querido: estoy segura de que me voy a volver loca de nuevo. Siento que ya no podemos atravesar otro de esos espantosos periodos. Y esta vez no me curaré. Empiezo a oír voces, ya no puedo concentrarme. Así que voy a hacer lo que creo que es mejor. Tú me has dado la mayor felicidad posible. Has sido para mí todo lo que una persona puede ser para otra. No creo que otras dos personas hayan podido ser más felices hasta que sobrevino esta terrible enfermedad. Ya no

puedo luchar más. Sé que estoy destrozando tu vida y que sin mí podrías trabajar. Y vas a hacerlo, estoy segura. ¿Te das cuenta?, ni siquiera puedo escribir esto correctamente. No puedo leer. Lo que quiero decirte es que te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido increíblemente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decirlo, todo el mundo lo sabe. Si alguien hubiese podido salvarme habrías sido tú. Todo me ha abandonado salvo la certidumbre de tu bondad. No puedo seguir destrozando tu vida por más tiempo.



ISABEL DURÁN GIMÉNEZ-RICO ES CATEDRÁTICA Y DIRECTORA DEL DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA INGLESA II EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. DIRIGE EL GRUPO DE INVESTIGACIÓN COMPLUTENSE “ESTUDIOS DE LA MUJER EN EL ÁMBITO DE LOS PAÍSES DE HABLA INGLESA.”